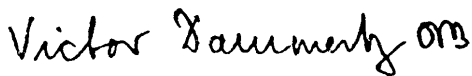



MENSAJE DEL SIMPOSIO A LAS COMUNIDADES MONÁSTICAS

Queridos Hermanos y Hermanas:

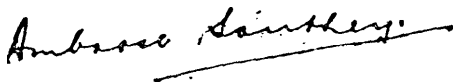
Los Padres Abades han querido enviar al fin del Simposio un mensaje a las comunidades. La falta de tiempo no les permitió redactar más que un texto provisional. Este ha sido corregido teniendo en cuenta las observaciones que se hicieron en el Aula, y aprobado por nosotros, los Superiores de las tres Ordenes monásticas. Damos las gracias a los que han colaborado en la redacción de este mensaje y esperamos que transmita algo de lo que han experimentado los asambleístas durante estos días.



Victor Dammertz, osb
Abad Primado



Sighard Kleiner, O. Cist.
Abad General



Ambrose Southey, ocsso
Abad General

TEXTO DEL MENSAJE

“¡Alegraos todos en el Señor en estos días en que festejamos a san Benito!”.

En el ámbito del decimoquinto centenario del nacimiento de san Benito, los abades, abadesas y superiores benedictinos, cistercienses y trapenses, se han reunido por primera vez en la historia a fin de reflexionar sobre los valores comunes, las aspiraciones profundas y los desafíos actuales que tienen que afrontar los que viven hoy bajo la Regla de san Benito. En esta discusión se han resaltado fuertemente ideas tradicionales, a la vez que nuevos problemas han ensanchado nuestro modo de ver las cosas.

De aquí que, el mensaje esencial de estos días será la tensión entre el gozo de la celebración y las interpelaciones del mundo de hoy

En el Monte Casino presentamos a Dios, en nombre vuestro, nuestra acción de gracias; ofrecemos además las preocupaciones y los problemas con los que inevitablemente nos enfrentamos en un mundo cambiante y en crisis. En su homilía, el Papa nos ha recordado que tenemos que aprender de la Regla el modo de llevar a cabo una verdadera renovación moral y espiritual dada nuestra condición de “buscadores y amantes de Dios”. Asimismo nos ha requerido a que miremos de frente la realidad del mundo en que vivimos.

De este modo, nos hemos sentido estimulados a ser fieles a la tradición monástica y a la vez a afrontar las necesidades actuales en las áreas del desarrollo espiritual personal, de la Iglesia local y de la sociedad de nuestros días.

En este espíritu, se ha reafirmado que la vida monástica es la creación de un espacio espiritual, en el que el fin de una obediencia de escucha no es el separar a la comunidad de la vida, sino unirlos en un testimonio de fe y esperanza. De aquí resulta una toma de conciencia de la función y del significado de la pobreza en el monacato de hoy. Nos hemos sentido movidos a interrogarnos hasta qué punto, en este momento concreto de la historia, seguimos al Cristo del Evangelio, y en qué medida nos hemos dejado seducir por los sutiles atractivos de la sociedad de consumo. Esto nos ha conducido a preguntarnos de qué mundo en realidad estamos separados; qué clase de levadura son realmente nuestros monasterios para la sociedad; a estar más atentos a los sufrimientos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, y a examinar, finalmente, cuál es nuestra relación con las condiciones de vida del tercer mundo.

Se ha profundizado en la relación entre el monasterio y la Iglesia local. Se ha afirmado con claridad la primacía de la búsqueda monástica de Dios en la liturgia, en la comunidad, la *lectio divina* y el trabajo. Las actividades apostólicas, verdadero servicio otorgado a la Iglesia local, no deben afectar a estos elementos de la vida monástica. Con sus actividades apostólicas, pero aún más con su presencia, las comunidades benedictinas aportarán a la Iglesia local la dimensión profética del Evangelio.

Varias veces se han mencionado las obligaciones de las comunidades monásticas respecto a los problemas sociales de nuestro tiempo, especialmente para los monjes y monjas de los países del tercer mundo, que piden a sus hermanos y hermanas el verificar el uso que hacen de los bienes materiales y su sensibilidad por la dignidad de la persona humana.

El mensaje del Simposio reside en esta tensión entre las exigencias de una fidelidad gozosa a los valores antiguos, y una conciencia cada vez más viva de las interpelaciones del mundo actual. A lo largo de los siglos, los benedictinos han sido constructores y guardianes de la civilización. En el caos que siguió a la invasión de los bárbaros, ellos aportaron el orden, la fe y un sentido a la vida. En 1980 el mundo se encuentra ante un nuevo giro de su historia, tan perturbado y frágil como en las edades que nos han precedido. Los dos tercios de la humanidad carecen del mínimo indispensable para la vida; la posibilidad de una destrucción nuclear pesa sobre la vida de todo el planeta; se consumen los recursos naturales sin considerar para nada las necesidades actuales o el crecimiento futuro.

Comunidad y unidad, dignidad de la persona humana, alabanza gratuita de Dios; nunca han sido tan necesarios estos elementos benedictinos fundamentales. Que las comunidades monásticas proclamen que todas las generaciones, culturas, razas o clases sociales se pueden encontrar en Cristo; que sean centros de oración en los que se escucha y recibe la Palabra de Dios; que estén cerca, por su sencillez de vida, de los oprimidos y de los pequeños de este mundo; que busquen la paz y la justicia para todos; que agudicen la sensibilidad de nuestros contemporáneos ante los males del consumo, del individualismo y de la violencia.

“Busquemos ante todo el Reino de Dios”. Dichosos de ser hijos e hijas de san Benito, damos gracias al Padre que nos ha dado tal padre, por Cristo que nos ha llamado a seguirle, en el Espíritu que inspiró la vida y la Regla de san Benito.

Que este año del centenario sea un nuevo punto de partida en el testimonio benedictino en nuestro mundo.